

COLECCIÓN
EXTRAÑAMIENTO

TENTEMPÍÉ



ARIEL AGUIRRE
MERCEDES BISORDI
ENRIQUE BUTTI
CARINA RADILOV CHIROV
GERMÁN ULRICH

PRÓLOGO: ANALÍA GIORDANINO



VERA editorial cartonera

TENTEMPÍÉ



COLECCIÓN
EXTRAÑAMIENTO

TENTEMPÍE

ARIEL AGUIRRE
MERCEDES BISORDI
ENRIQUE BUTTI
CARINA RADILOV CHIROV
GERMÁN ULRICH

PRÓLOGO: ANALÍA GIORDANINO



VERA editorial cartonera

PRÓLOGO

RESQUEBRAJAR UN MUNDO

ANALÍA GIORDANINO

Una profesora desaparecida, una venganza amorosa, la falta de un cuerpo, alguien que canta cuando alrededor no se reconoce nada, una carta para los amigos caídos en desgracia. Los cuentos de esta antología tienen el poder de invocar a los vivos y a los muertos, a los fantasmas o a los que pronto lo serán. Se nos meten en el oído con una lengua en susurros. Insisten en narrar para abrir paso a un yo que está solo y se resiste a desaparecer.

Los personajes son presentes y asertivos: aún en el medio del derrumbe, afirman un mundo nuevo. Reconocen el propio decir de ese mundo, el lazo de la costumbre que ya no ata. Toman la decisión de recalibrar las coordenadas que los aplanan en el mapa, y hablan. Algunos eligen la traición como empuje narrativo, otros el engaño y otros, la persistencia.

La decisión también busca una lengua. La lengua de los cuentos aquí reunidos escarba en el idioma heredado de la llanura mestizada (digo mestizada, no costumbrista), usa el ritmo oracional cadencioso del llano pero le da brillo con recovecos estridentes, poéticos y humorísticos: no tiene gollete, chau pinela, encajetada, pintarrajeó, era un reiserío, la luna era lo único prendido. Estos cinco escritores del llano mestizo saben (también eso es resquebrajar un mundo) que una lengua tiene ecos y que sus capas tardan en extinguirse.



EL MOSTRO DE MONTEVERA,
FOTOGRAFÍA DE SEBASTIÁN PACHAUD

Pausa
20 de
noviembre
2022

CEREZAS NEGRAS

CARINA RADILOV CHIROV

Mire que acordarme de usted en ese momento fue providencial. Diríamos que me salvó, que al final es un poco una exageración, pero siempre parece que lo grave se achica a la distancia. Y ahora esta noticia tan rara, de su desaparición. La acabo de leer en sunchodigital.com.ar. «Sunchalense desaparecida en el Caribe». Entonces pensé en usted, porque digamos que se me había borrado de la memoria. Ya ve que cada cual se acuerda de lo que puede, o de lo que le conviene. Nunca más había pensado en usted, Profesora Periale. Leí la noticia completa, que en pocas palabras no dice mucho, porque los medios de acá son medio pelo nomás. Busqué en el otro diario y repetía casi los mismos datos. En resumen, que su marido la perdió en la Isla Martinica, cuando debían volver al Crucero que habían tomado en Costa Rica. La policía local rastrilló el territorio de la isla, sin resultados. ¿Fue asaltada y asesinada en ese exótico destino?, se pregunta el periodista de Sunchodigital. ¿O fue secuestrada para someterla a torturas o a ritos satánicos? El marido no declara nada, según el diario.

La noticia se conoce cuando ya pasaron tres semanas y su esposo volvió a la ciudad, ya sin esperanzas de encontrarla a usted, Profesora, que fue para mí como un ángel guardián. Qué rara es la cabeza humana, porque en aquel tiempo, cuando yo estaba recién casada, con la nena chiquita, ni me paraba a pensar en la secundaria, menos

en los profesores. Si recordaba algo de esa etapa era la poca plata que mis padres tenían, los veranos aburridos y calurosos viendo Canal 13 de Santa Fe, el frío que se sufría al bañarse con el agua del calefón eléctrico, y una estufita a cuarzo con un solo tubito funcionando. Después entré a trabajar en la farmacia, me puse de novia, me casé, tuve a mi hija. Nunca pienso en el pasado. No mantuve amistad con mis compañeros de la secundaria. Hice mi vida y punto. Como todos, creo.

Usted era la profesora que peor vestía en el colegio, eso sí me acuerdo. Combinaba los colores de la ropa y de los accesorios, pero el conjunto se notaba barato. Tenía unos pantalones pata de elefante color ladrillo, pulóveres tejidos a mano por usted misma, aritos y pulseras de bijouterie ordinaria, de todos los colores. Nos daba Geografía; cuando pasábamos a dar lección, nunca nos miraba, nos dejaba hablar sin hacernos preguntas. Las pruebas las escribía en el pizarrón, preguntas de esas que hay que elegir la respuesta correcta. Mientras usted copiaba, nos pasábamos las respuestas desde el banco donde se sentaba la tragona del curso hacia atrás. Cuando terminaba de copiar, todos teníamos señaladas las correctas. Claro que faltaba justificar, pero la mitad estaba hecha.

A mí me daba rabia usted, le tenía una bronca. No sé bien por qué, nunca me trató mal, pero era esa forma de ser tan, tan, como desganada, tan sonsa. Toda la escuela sabía que su marido le ponía los cuernos, pero la gente también decía que usted se lo merecía por desabrida. Nunca fue con maletín o portafolios a la escuela, arrastraba los libros y las hojas de los trabajos en bolsas de plástico de las compras. Por eso no me explico por qué en aquel momento tan difícil para mí fue su imagen, o su recuerdo, lo que evitó que cometiera una locura. Se me vino su cara a la mente, los ojos resignados, la boca caída. Y la entendí. Comprendí su actitud, sus gestos, dejé de sentir rabia porque usted me guió. Pensé, si la Profesora Periale pudo seguir viviendo con esa vida de porquería que tuvo, triste, sobre todo ninguneada por su esposo, por los otros profesores, por los alumnos, por sus propios hijos, todos varones, cuatro o cinco, no me

acuerdo, si ella pudo con todos, yo también voy a poder. Eso me dije entonces, sentada en el piso de la galería de mi casa sin terminar. Después me sequé las lágrimas y me puse a lavar los platos. Fue una época muy complicada para mí, una no sabe del todo cómo van a ser las cosas, hasta que se vive, ¿no?

Yo qué iba a saber cómo era estar casada, cuidar de un bebé, limpiar una casa, dormir cada noche con el marido. Me casé a los 22 años para irme de mi propia casa, para escaparme casi. Cuando la nena tenía unos dos años me empecé a dar cuenta de que no me había escapado nada. Seguía en la misma, sólo que había cambiado el lugar, y ni tanto. Pero lo superé, en gran parte gracias a usted, que nunca lo supo. ¿Cómo lo iba a saber? Era ridículo pensar en contarle cómo me había ayudado, aunque ahora me arrepiento un poco. Si de algo me arrepiento siempre es de ser tan tímida, de no animarme a hablar con la gente.

Después el tiempo pasó, todo pasa, y me fui acostumbrando a vivir así. La olvidé como casi llegué a olvidar aquel momento de locura que tuve, y que mi marido no conoce, porque no se puede explicar. Me di cuenta de que tenía que hacer mis deberes siempre de la misma manera, que debía buscarme un pasatiempo, que los hombres engañan pero vuelven con su mujer. Mire usted, cornuda desde joven.

Supe que cuando se jubilaron, con su esposo, se daban la gran vida viajando por el mundo. Él la llevó a usted y no a la amante, y eso que se llegó a rumorear que la hija menor de la tipa es de él, de su esposo, de Periale, aunque nunca se sabe si es cierto todo lo que la gente comenta.

Veo lo que está pasando en el mundo, tanta guerra, robos, violencia, degeneración que pienso que mi arrebató de locura no fue nada, que casi ni pasó. Rezo para que algo mejore, cada noche ruego que a mi hija no le ocurra algo feo, que no la asalten ni la violen, ni se enganche con un tipo que le pegue ni que se le dé por tomar drogas. Está en el primer año de la universidad, vive sola en Córdoba, a mí me asusta la ciudad, pero ella quiso eso y con su padre pensamos

que teníamos que darle un estudio, ya que es la única. Ella es distinta a mí, más abierta, más conversadora. De ahí que me dé tanto miedo porque no se fija con quién habla o dónde va, es confiada. Ya no le puedo recomendar más, me hace callar, me dice que soy un pájaro de mal agüero. Cierro la boca, qué voy a hacer, ya es grande, sabrá lo que hace. La extraño acá en la casa; menos mal que nunca dejé de preparar tortas para vender, me mantiene entretenida los fines de semana, cuando Carlos se va a pescar.

Con esto de su desaparición me viene todo a la mente de nuevo, pero parece que lo hubiera vivido otra persona, no yo, no esta señora hábil para decorar tortas, que va a rezar el rosario a los velatorios, que aprendió a tejer crochet, que mira las novelas de la noche sin emocionarse con los romances. Era muy joven quizás, la sangre arde como leña seca a los veinte, creía que tenía derecho a esperar algo más, sin saber qué sería eso. Había dejado de trabajar en la farmacia para cuidarla a mi nena, a la Sabri. Me equivoqué al no salir a trabajar, una se despeja con la gente, se arregla para salir a la calle. Así que después volví a buscar empleo. Estuve unos dos años de ama de casa, desde que nació la Sabri hasta que empezó a ir al jardín maternal. Me acuerdo patente que unos días antes del episodio, cuando Carlos llegó de la fábrica, le mostré cómo había pulido las hornallas de la cocina. Él se quedó mirando el brillo que yo había conseguido a fuerza de virulana y puloi, qué bien, dijo, qué bien, Nancy. Dio la vuelta para ir a sacarse la ropa azul, sucia de grasa.

Era verano, no se podía salir ni a la vereda hasta la tardecita. A mí no me gustaba ir al club, no tenía amigas, no quería mostrarme en malla, blanca y fofa como estaba después del embarazo. Pasaba la tarde mirando programas de cable, sobre todo Utilísima satelital. Preparaba recetas y comía. Comía mucho. Me costaba ordenar la casa, levantar los juguetes del piso. Lo dejaba para lo último, para un rato antes de que vuelva Carlos.

Aquel día la Sabri había volcado el cajón repleto de sus chiches. Yo probaba una receta de una torta de cerezas, muy complicada, que llevaba como dos horas de cocción en horno. En enero. ¿Cómo

se me ocurrió tal pavada? No lo sé. No sé cómo era yo entonces, sólo que estaba obsesionada con lograr recetas difíciles. La nena andaba pesada, como una mosca alrededor mío. Ni me había cambiado la remera vieja que usaba de pijama. Habrán sido las dos de la tarde. Imagine el calor, cuando no teníamos aire acondicionado.

Qué suerte que el tiempo te hace cambiar y entender. Antes yo era muy nerviosa, muy apurada, quería que las cosas me salieran enseguida. La Sabri me tiraba de la remera para que le haga upa, lloriqueaba mientras yo terminaba de acomodar las últimas cerezas sobre la torre de tres capas de masa. Me la despegué con un sacudón, se cayó de cola sobre el pañal, que debía estar repleto de pis. Lloró más alto. Le grité que me espere, o que deje de joder, algo así. A una criaturita de dos años, cuando lo recuerdo me remuerde la conciencia. Pero yo era otra, tenía una angustia que no entendía, necesitaba terminar la torta en paz. Cuestión que metí la torta en el horno, levanté a la nena, la cambié, le di su mema de leche fría, la acosté, se durmió.

Me senté en el piso fresco de cerámica a mirar el programa de Maru Botana. Después el de Choly Berreteaga y alguno más que no recuerdo. Cada tanto iba a mirar mi torta y volvía a sentarme en el suelo. Me debo haber adormecido con la cabeza sobre el sofá unos minutos, o una media hora. Cuando desperté asustada, no entendía nada, olí la torta quemándose en el horno. Corrí a sacarla. Las cerezas de arriba eran bolitas chamuscadas. Ahí fue cuando me ataqué. Saqué la torta y la iba a apoyar sobre la mesada. Y escuché a la Sabri llamándome desde la puerta del antebañito. Juro que no pensé en lo que hacía, oía su vocecita como si saliera de un pasillo larguísimo. Ni la vi, a la nena, paradita con su peluche al lado de la puerta, no distinguía nada. ¿Qué me pasaba? Vaya uno a saber, nunca hice terapia, para qué si me compuse sola.

Me di vuelta, con el molde quemándome las manos, y se lo tiré desde donde estaba. A mi nena. No puedo creer que lo haya hecho. El molde era de vidrio, le estalló al lado de sus pies y la salpicó de cerezas negras y crema caliente. La Sabri empezó a gritar y quiso

correr hasta mí, pero pisó astillas de vidrio, resbaló en la masa, se cayó. Yo corrí a levantarla. No le puedo explicar cómo me latía el corazón. También gritaba. La levanté, llorábamos las dos. La masa había manchado la tela del sofá.

Esa tarde, después, cuando había limpiado la cocina, había bañado a la nena, que al final sólo tuvo un cortecito en el pie, me senté en la galería, con la resolana quemándome. Ahí se me apareció usted, Profesora Periale, su cara blanca, sus hombros un poco encorvados. La vi flotando sobre mí, vestida con una remera de algodón que tenía impreso «Gimnasio Corpobello», el pelo pajizo. Más que verla, la sentí, me comuniqué con usted de una forma sobrenatural. Su imagen me decía que todo estaría bien, que todo mejoraría, que se podía aguantar esto y más. Mire que no me acordé de mi madre, ni de Dios, ni de la Virgen. Usted fue mi salvadora. De una manera inexplicable pude entenderla, comprenderla, por unos minutos fuimos la misma persona, o mejor, el mismo espíritu. Usted me consolaba, mostrándome que una puede seguir, que los demás ven lo que quieren ver, pero nadie la ve a una como es. Humillada, aterrada de mí misma después de casi haberle partido la cabecita a mi hija con un molde de vidrio, fui consolándome.

No le digo que ahí terminó todo y chau pinela. Me costó. Lloré arrepintiéndome de mi locura. ¿Y si le acertaba en la cabeza? ¿Si la dejaba sin un ojo? ¿Cómo le daba la cara al padre? ¿Qué me quedaba sino matarme? Una madre cuida a sus hijos. ¿Qué era yo? ¿Un monstruo? Agradecí al Señor mi suerte, porque no lastimé a mi hijita. Fue un aviso, no hubiera vivido si dañaba a la Sabri. Ella no se acuerda de nada, era tan chiquita. Nunca más la maltraté. Más vale me iba a soltar mi rabia al patio, porque la rabia no se me curó así nomás. Un tiempo fumé a escondidas, pero me daba más ansiedad. Probé con un homeópata con pastillas naturales para los nervios. Las dejé también. No digo que todo se curó en ese rato, pero sí digo que si no hubiera tenido su visión y usted no me hubiera comunicado su sabiduría, seguro me volvía loca, algo se me aflojaba en la cabeza para siempre. Usted me ayudó a mantenerme cuerda, Profesora Periale.

Así que yo no creo en la teoría del robo ni en la del secuestro, saco mi propia conclusión: ni se perdió ni se la llevaron en esa isla caribeña. Usted se escapó, se ocultó de su marido, para empezar otra vida, allá en el Trópico, con gente desconocida y plantas exuberantes. Eso pienso. ¿Lo planeó? No creo, me inclino por pensar que fue un impulso, una inspiración. Se retrasó entre la manada de turistas, perdió de vista a su marido, no hizo ningún intento de llamarlo. Sólo se dejó estar. Quizás volvió a un puesto de artesanías. O le dio billetes a un natural de la isla para que la esconda un tiempo. Esto lo sé porque en cuanto leí la noticia de su desaparición, volví a tener esa comunicación con usted. Pero esta vez había alegría en sus ojos, me miraba, por primera vez me miraba a mí, me decía ¿Viste, Nancy, que nunca hay que perder las esperanzas? A nadie se lo puedo revelar, sé que suena a locura, pero usted y yo, Profesora Periale, sabemos que vamos a resistir y que, cuando nadie lo espere, los vamos a dejar con la boca abierta preguntándose qué fue de nosotras.

BUEN NEGOCIO

ENRIQUE BUTTI

Había que ver esa tarde la felicidad que llevaba de un lado para el otro. Se extravía la persona encajetada como encajetada estaba ella. Se embellece de indiferencia; quienes estamos cerca, o dejamos de existir o fastidiamos. Yo ya sabía, y me apartaba, pero en algún momento ella siempre me descubría el pesar, y me atacaba. La alegría la encandilaba, o quién sabe, le abría los ojos, pero en medio de ese paraíso se encontraba con este dolorido y se enojaba, me gritaba cosas feas, reproches, verdades que no hay que decir jamás.

Esa noche iba a la bailanta para encontrarse con el otro. No dejó de maniobrar el telefonito y una de las llamadas me enteró de todo. Se empezó a preparar temprano. Se bañó con la manguera entre los sauces. Ni me vio o ni le importó que yo estuviera ahí y no pudiese dejar de mirarla. Juntó ramos de menta, de albahaca, flores. Todo el cuerpo, la cabeza, las piernas, los brazos, los pies se restregó con esa esponja de aromas. Yo le había impartido la enseñanza sin lograr que la practicara nunca; se me burlaba, decía que ya se había inventado el jabón perfumado. Pero ese atardecer se bañó largamente con esa fragancia que llegó hasta mi reposera para ahogarme como un humo. Nunca había querido estar conmigo con ese aroma. Y más adiviné: que se restregaba el olor de mí, que se desprendía de mí con saña.

Envuelta en la toalla pasó a mi lado como al lado de un perro. Salté y la agarré del brazo. No se lo esperaba y reaccionó tarde, o no quería

ensuciarse de mí golpeándome para liberarse. Gritó, y para teparle el grito la tiré y me le monté encima. Se había bañado para el otro, pero el que la había visto agacharse, levantar una pierna y la otra, frotarse los pechos, había sido yo. No conseguí más que más odio.

Se lavó otra vez, más tarde, y en la oscuridad de la noche. Entre los dos baños se entretuvo en rejuntar sus cosas. Desechó lo viejo y roto con un criterio definitivo, sin importarle que una cosa que se guardaba fuese regalo mío o propiedad de los dos: calculaba sin tenerme en cuenta. En una distracción mía desapareció; habría ido a dejar los bolsos en casa de algún vecino cómplice.

Yo, entretanto, divagaba. ¿Matarla? ¿Matarlos? No soy hombre de acción; de serlo sería otro, distinto completo. Pero tampoco soy un Cristo; conociendo a los culpables de ese fiero golpe, no me alcanzaría una vida para resignarme y olvidar.

Llegó la hora del baile y se pinturrajé medio nerviosa, recordándose de mí de vez en cuando y espiándome con el espejito, esperando aunque fuese una discusión. Yo me aparté y la dejé ir.

Me fui a tratar con mi más que hermano Raulito Sosa, mi socio del almacén. No le expliqué, no quise entrar en razones, aceptaría lo que me podía dar y lógicamente, no lo critico por eso, él se aprovechó para condicionar la entrega, dejar claro que quedábamos a mano, sin derecho mío a futuro reclamo. Sin que mediaran papeles; no los hubo desde el principio porque nos sabemos gente de palabra. Él anduvo juntando plata por ahí y eso le llevó su tiempo.

Cuando me apersoné al club, el baile estaba en su apogeo de bullicio y público. La música tan fuerte parecía hacernos bailar hasta a quienes estábamos quietos en la barra, y esa impresión debe suceder porque la música tan fuerte no deja fijar las miradas, ni para apuntar con seguimiento a la pareja de palomitos abrazada en medio del gentío de la pista.

Hablé con un amigo de él y lo hice llamar, con discreción, sin que ella se percatara. También eso tuvo su demora. Este amigo de él volvió diciendo que el otro se negaba creyendo que yo quería pelearlo. Lo tranquilicé, le mostré el fajo de billetes.

Al final se me arrimó, desconfiado, en ascuas. Le ofrecí mi propuesta, y en medio del ofrecimiento ella apareció de la nada, se acercó corriendo, hecha una bestia. Yo no tuve más que mirar para otro lado dejando que fuese el festejante quien se encargara de atajarla y ponerla en su lugar. Podía fiarme; fiché enseguida que el tipo era una inmundicia; me palmeaba, me decía que prefería satisfacer mi solicitud que encadenarse a una ingrata que en cualquier momento le hacía a él lo que me estaba haciendo a mí. Si estuve seguro de que cumpliría con el acuerdo de dejar de verla y rechazarla no era porque tuviese un resquicio de honor sino porque era un cobarde, y yo me había cuidado de mostrarle la pistola al sacar el fajo de billetes.

Con el tiempo supe que ella anduvo dando vueltas por el barrio hasta engancharse con otra bazofia que se la llevó a trabajar de día en la ruta y de noche en la ciudad. Ni me importa que me vengan con cuentos. Doscientos mil pesos son una buena suma para haberme agenciado la indiferencia que era de ella, y de paso liberarme ensartándole a ella la falta de resignación que iba a ser mía.

VISITA

GERMÁN ULRICH

Así será. Antes de golpear la puerta intentaré abrirla, y entraré despacio, pensando en sorprenderla. Pero ella estará ahí, como siempre, mirándome desde la puerta de la cocina, y secará sus manos con el delantal que tendrá puesto sobre el vestido y con la boca ocupada en una sonrisa dirá la misma frase.

Pero m'hijo, ¡qué alegría!

Y con dificultad diré ¿cómo anda abuela? mientras ella me abrazará fuerte y me dará un beso en cada mejilla y hablará con los dientes apretados.

Nos sentaremos, tal vez en la sala, o tal vez en el patio del fondo. Si es verano será en el fondo y recordaré el viejo árbol de mora que una vez al año perdía su verdor firme y homogéneo para mancharse con pintitas verde claro primero, rojas luego y las esperadas moras después. Y el tacho de doscientos litros que estaba a su lado, para juntar agua de lluvia, porque lavar el pelo con agua de lluvia lo deja más suave y brillante.

Recordaré el horno de barro que estaba en el centro de ese patio, y el aroma a pan casero inundará mi nariz y me hará sentir que estoy en aquellos tiempos.

Ella estará igual que siempre, tal vez un poco más flaca, con esos ojos como cristales, verdes. Iniciará el rito del mate dulce, que se enfriará a la tercera de las anécdotas que me contará por enésima vez.

Será, entonces, un pequeño sacrificio tomar cada mate, hasta que no haya más agua en la pava. ¿La misma pava de aquella época?

Se reirá mucho, y su vientre acompañará la risa, quizás contenida desde la última vez que contó eso que tanta gracia le causa, y que contagiará alegría por su propia alegría, y quizás no por lo que contará.

No faltará aquella historia de mi niñez, que tantas veces me hizo poner rojo de vergüenza y que al escucharla en presencia de extraños tantas veces me enfureció. La del pedazo de mortadela en mi mano, oculta debajo de la silla, cortada a escondidas y descubierta por mi padre, y mi cara de circunstancia, y todo lo demás... Los años seguirán agrandando ese pedazo de mortadela hasta convertirlo en un caballo entero, creo.

Y me contará que su salud es buena, a pesar de algunas cositas, y regresará irremediamente a los tiempos de mi abuelo postrado, y yo recordaré cómo limpiaba su pistola de policía mi abuelo, debajo del árbol de mora.

Luego me contará con orgullo de sus otros nietos, o se indignará por alguna injusticia que haya perjudicado a alguien que ella quiere.

Me sorprenderá utilizando alguna palabra por muchos años en desuso, y ratificará la existencia de otras que nunca escuché, a no ser salidas de su boca. Era un reiserío, me dirá, y me llevará de nuevo a la niñez, cuando imaginaba matándose de risa a muchos hombres disfrazados de gaucho y a muchas mujeres con vestidos largos, el pelo dividido en dos trenzas.

Dirá te garanto, un par de veces, para reafirmar la veracidad de situaciones risueñas o terribles, siempre increíbles. Buscará la manera de decir cuán especial y enorme es su amor por mí.

No me dirá que mis visitas son demasiado espaciadas y cortas, aunque no hará falta.

Me hará emocionar, me hará pensar en lo ingrata que ha sido la vida con ella, y me enseñará que la felicidad puede crecer en ramitas, aún entre piedras, por más heladas o incandescentes que éstas sean.

La recordaré amasando pan, descuartizando un pollo o llorando de alegría. También la recordaré llorando de tristeza.

Me contará de la llegada de ese gato que, seguro, se cruzará por debajo de mi sillón, y me acariciará con malicia la pierna, advirtiéndome que esa mujer de casi ochenta años es más suya que mía.

Luego ofrecerá mate nuevamente, y yo diré que no, que ya va siendo hora de irme, y que solo pasaba a saludarla porque el tiempo es escaso. Ella me dirá que sí, que el tiempo nunca alcanza y que ahora se vive demasiado rápido, pero que así es la vida. Yo me iré pensando que en realidad el tiempo parece haberse detenido hace muchos años en esa casa. Pero luego recordaré que ya no está el árbol de mora, ni el horno de barro, ni el tacho para juntar agua de lluvia. Así será.

APENAS SOBRE EL PISO

MERCEDES BISORDI

Un gallo llegó al barrio al principio de todo esto, cuando la gente armaba huertas y gallineros en los patios por temor a la escasez de comida. Cantaba a deshora y desafinado, como un principiante, pero hacía tanto que no había un gallo en el barrio, que hasta era lindo escucharlo.

Cuando digo barrio, digo todo ese aire que está entre nosotros y ocupa la franja de tierra que va desde la ruta a la laguna. El aire libre entre las casas, que sobrevuela las calles de arena, traspasa los tejidos de alambre y las enredaderas, pero se detiene ante los patios amurallados. Aquí, las casas que tienen tapial o cerco de ladrillos no son del barrio. ¿Qué tienen para ocultar que el resto no podamos ver?

La mayoría de esas casas son las más nuevas, las que se construyeron en el boulevard. Le decimos boulevard a una calle doble que, como las demás, es de arena, está rodeada de yuyos altos y ni nombre oficial tiene. Lo de boulevard suena un poco pretencioso, pero es el nombre que le fue quedando.

Atenta al canto del nuevo gallo salí a la calle, con todas las precauciones. Cada vez que lo escuchaba cantar, le respondía, no muy fuerte, pero me esmeraba en entonar como para enseñarle. Cuánto hacía que no escuchaba un buen canto de gallo, como en las épocas de la forrajera de Murcia.

Murcia, entre otras cosas, vendía aves de corral y tenía su propio gallinero. Como atracción tenía un mono y un gallo que se paseaban por la puerta del negocio. La gente les llevaba galletitas y les sacaba fotos. Al mono, por lo exótico para la zona. A Pitito, el gallo, porque era más alto de lo normal y cantaba a pedido. Cantaba al alba, con puntualidad, pero también podía hacerlo cada vez que alguien se lo pidiera. Disfrutaba de su canto y de la fascinación que provocaba en su público.

Era un gallo alto, brillante, bien puesto.

Lo suyo era un verdadero canto, no un chillido ni una alarma. Era un canto armónico. Se le ensanchaba el pecho. El aire entraba a sus pulmones de ave y él se inflaba un poco. En un batir apenas perceptible de sus plumas color cobrizo, castaño claro y rubio ceniza se contraía y arrancaba desde su pico abierto un canto victorioso que sobrevolaba las calles de arena, traspasaba los tejidos de alambre y las enredaderas.

Pero un día, Pitito se enfermó y murió. Fue después de un fin de semana largo. Los clientes cambiaban la cara cuando Murcia se los anunciaba: Nos perdimos de hacerlo puchero, decía. Porque vaya a saber qué peste se habrá agarrado. Pero, por lo menos, sirvió para algo y levantaba un plumero cortito que había fabricado con el mango de un paraguas y las plumas de Pitito.

A la gente, y a mí también, se les abría un poco la boca y se les venían las facciones para abajo. Demoraban en reacomodar la cara después de ver el plumero. Ella disfrutaba de la reacción de su público, como lo había hecho Pitito cuando cantaba.

Pero le duró poco la joda. Así como en el barrio le decíamos boulevard a la calle doble, sin que nadie lo hubiese planteado o discutido, también se dio que todos los vecinos dejamos de ir a la forrajería. De manera natural, como se dan esas cosas. Nos íbamos hasta la ciudad a comprar —en esa época se podía—, hasta que Murcia cerró el negocio. Yo tengo mi jubilación, decía, para qué quiero estar renegando todo el día con esta gente de mierda.

Después, abrieron la tienda de mascotas que está ahora y que vende casi lo mismo que Murcia, pero con distintos nombres.

Fui hasta ahí para comprarle comida a los gatos. Ellos, que siempre se habían entretenido —y alimentado— cazando tucutucus, ahora tenían que comer balanceado. La laguna casi se había secado, del río no sabíamos mucho, porque ya no cruzábamos para ese lado, las napas habían bajado y los tucutucus habían aprovechado la arena seca para avanzar en su vida bajo tierra, a profundidades inalcanzables para los gatos. Se sentían sus golpeteos en el patio y debajo de la casa. A veces me parecía escuchar cómo se reproducían, a sus anchas, a salvo de sus depredadores.

En la tienda de mascotas hice cola para que me atendieran, respetando la distancia entre cada uno. Ya no nos saludamos entre vecinos, a pesar de que cada vez somos menos, nos desconocemos. Un poco, porque no nos esforzamos y otro, porque el aislamiento fue cambiando nuestras formas: los peinados, el color del pelo, la traza en general. Lo que empezó siendo un saludo de lejos, sin tocarse, llegó a un evitarse de todas maneras, incluso con el contacto visual. No sabemos si es necesario seguir con todos estos cuidados, pero son cosas que se instalaron.

Comida para gallo busco, dijo uno de esos desconocidos. Le dieron lo que pidió y se fue caminando, cruzó la ruta para nuestro lado. No esperé a que me atendieran. Lo seguí de lejos.

Era un vecino nuevo, de las casas del boulevard.

Así que, pensé, el gallo vive en una de las casas amuralladas. Así que el canto, el chillido ese, viene desde una casa que no es del barrio y sobrevuela las calles de arena, traspasa los tejidos de alambre y las enredaderas.

No pude, ni quise identificar la casa. ¿Para qué? Desde que los yuyos están tan altos, da lo mismo. Se reconocen, por la ubicación, donde está cada una, incluso puedo recordar algunos de los frentes, sobre todo los que más me gustaban: la casa de la pérgola y la del arco de piedra.

El tema es que, aunque reconozca la casa, ya no sé quién vive ahí.

Al principio de todo esto, iba al almacén y te pasaban el parte. Ahora, ya nadie lleva la cuenta.

Como muchas casas se deshabitaron —por las bajas en la población—, fueron ocupadas por vecinos que, a su vez, abandonaron las suyas, que también fueron ocupadas, o no. Hay una rotación tan continua como sigilosa. Los que quedaron de cada familia se fueron mezclando. Yo me quedé siempre en mi casa, porque ya conozco los ruidos de acá. Me llevó mucho tiempo dominar el sobresalto ante cada piña que cae sobre el techo de chapa, ante las peleas de los gatos o el golpeteo de los tucutucus.

Hoy salí al patio, cuando todos deberían estar durmiendo. El aire parecía limpio, no había humo de cosas quemándose y la luna era lo único prendido.

Respiré hondo y sentí cómo mi pecho se ensanchaba. Lo que había empezado con entonaciones tímidas, hoy se perfeccionó. Después de un leve, y apenas doloroso crujido del tórax, el aire se abrió paso y se transformó en un canto potente y sostenido.

Sentí la reacción de las criaturas, la vibración de la arena bajo mis pies, más allá de las raíces del césped, a la altura de las cuevas de los tucutucus y me elevé, apenas, sobre el piso.

Amigos, imagino su sorpresa al leer esta nota, al ver que faltan algunas sillas, la mesa, algunos cubiertos, ropa prestada que nunca devolvieron y tuve que retirar yo mismo de sus roperos, o el suelo (con bastante olor), algunas ollas, toallas, repasadores, e imagino también que se habrán asustado cuando llegaron y Toby no los salió a recibir. No se preocupen: él está bien y yo también, estamos bien.

Me voy. Bah, ya me fui. Ya dejé mi cuarto, vacío y limpio, para que busquen a otra persona que lo ocupe. Dejé la plata del alquiler de este mes en el primer cajón. Les dejé algunas tazas, la pava, y otras cosas indispensables, por consideración, y espero que me las puedan alcanzar apenas se consigan ustedes las propias. Lo mismo que la válvula de la garrafa, que si recuerdan la compré y nunca me dieron las partes de dinero que correspondían. Les dejo varias cosas, como podrán notar, si hacen memoria. Si tienen la amabilidad y la humanidad o dignidad de devolverlas, háganlo. Voy a estar viviendo en lo de mi hermano, saben dónde es, así que cualquier día, por la mañana, pueden dejarlas.

Pero hay algo que quisiera decirles y que quisiera que se lo guarden. Que lo reciban y se lo dejen para ustedes, lo conserven. A lo que me refiero es al aprendizaje. Les advierto, no estoy enojado, en absoluto, sí quizás algunas de las cosas que les comentaré me

causaron cierto malestar, pero poco a poco las fui digiriendo, y fui entendiendo que somos personas distintas, cada uno fue educado de una manera distinta, vamos a lugares distintos, conocemos gente distinta, y sí, en un momento, apenas nos mudamos, creíamos que estábamos todos en la misma, que la íbamos a pasar joya siempre, qué sé yo. Pero también tenemos que admitir que cambiamos, que pasó un tiempo y ya no somos los mismos. Y si bien considero que cada uno hace lo que puede con lo que le toca y que cada uno debe seguir el camino que cree mejor, hay reglas básicas que, más que de convivencia, son humanas. Entonces, esto que van a leer, no tiene tanto que ver con que les estoy «echando en cara», no me interesa ir a las particularidades, sino que puedan entender lo general, abstracto, y no me interesa que lo tomen como un consejo para convivir con la próxima persona que duerma en mi habitación, sino que lo tomen como un consejo para la vida.

Vamos por partes. ¿Por qué me fui hoy? La respuesta es sencilla: anoche vi que terminaron mi champú. Lo compré hace seis meses, lo usé apenas una vez. Y la siguiente ocasión que lo iba a usar ya noté que tenía menos. Se los comenté, les advertí que creía que cada uno debía tener el suyo. Ustedes usan el Suave, yo decidí comprarme uno más caro y lo hice con mi plata. Si ustedes querían tener el pelo mejor se hubieran comprado uno más caro y no tendrían que haber usado el mío. Se los dije. Se los dije y lo siguieron haciendo, porque no vi que el Suave haya bajado y el mío sí lo hacía, aun cuando no lo usé más desde aquella primera vez. Sí, así como lo escuchan: usé una sola vez el champú que compré yo.

Segundo, ¿por qué lo hago por este medio y no lo hablamos en persona? Otra vez, simple. Considero que hablar de frente siempre es bueno, de hecho, todas las charlas «serias» que tuvimos fueron por mi iniciativa. Por ejemplo, con la limpieza. Juampi siempre decía: «más que echar en cara lo que ensuciamos, vamos a organizarnos bien, bla bla». Y bueno, nos organizábamos: Juampi limpiaba el baño, Roque el patio, yo la cocina y Pato la terraza. ¿Y al final qué?, a las dos semanas, ya era todo un quilombo de nuevo. Pero no con

la limpieza nomás, con todo. Hablamos miles de veces, y repito, siempre gracias a mí, de las cosas que nos iban a hacer mejorar la convivencia, mejorar los modales y todo eso. La música fuerte a la noche, que traigan a sus novias. Roque se enojó cuando le dije, pero ponelo, Nidia tiene voz de pito, y yo no tengo problema en que venga, de vez en cuando, una o dos veces a la semana, pero si va a venir día por medio, debería pagar su parte de alquiler. Y si tiene voz de pito, ¡que no grite!, que hable más bajo. ¿Tan difícil es?, ¿tan extraño era lo que proponía? Pero él se enojó y me dijo que «dejara de hincharle las bolas», ¿les parece?, ¿te parece Roque?, en serio, pensalo un ratito.

La música es un tema complejo. No sólo porque, si bien compartimos ciertas líneas generales, cada uno tiene un gusto particular. Yo no entiendo por qué mi sugerencia de escuchar música con auriculares no les gustó. Nos hubiera solucionado varios problemas. Pero pasa eso, a mí me gusta toda la música, todos los estilos. Me gusta el rock como a ustedes, a veces me gusta el reggae y también me gusta la cumbia, a veces, cuando estoy de fiesta. Pero es cuando estoy de fiesta, un sábado, no un miércoles. Sí, Juampi, no tuviste mejor idea que trasladar tu peña a nuestra casa, los miércoles. ¿Se dan cuenta de lo injusto? Más allá de que sea cumbia, podría ser blues, jazz, lo que fuera: yo quiero escuchar lo que yo tenga ganas cuando yo tenga ganas. Y si quieren escuchar música fuerte, invitar amigos para poder compartir su música lo podían hacer en el día permitido, el sábado. Yo hice una tabla reservando los días de la terraza para que todos podamos disponer de un sábado al mes, pero nadie me dio bola.

Pato, de vos no tengo nada para decir. La verdad que creo que vas a ser un muy buen tipo. Sos el único que cumplía con las tareas, el único que no dejaba todos los platos sucios dos días en la pileta, el único que se preocupaba por ir a pagar la luz, el único que ofrecía un plato de comida sin pedir plata o puchos a cambio, el único que juntaba los soretes de Toby, el único que lo sacaba a pasear. Así que a vos te excluyo de esto. Pero igual te quiero decir algo, y es que te falta un poco de «picardía», no sé cómo decirlo. Tené cuidado y sé

más vivo. Estos te van a avasallar si no. Y no lo digo por ellos, por ustedes, solamente. Como decía antes, no quiero que esto suene a que les estoy recriminando cosas, o que quiera que vengan corriendo a pedirme perdón, no, ya está, es una decisión y estoy muy feliz al haberla tomado. Pato, te digo esto para tu vida: ¡avivate! Yo sé lo que debés sufrir sin poder expresar bien lo que te pasa. Esa timidez que tenés te carcome por dentro, algún día la cosa va a explotar.

Y con esto ya voy terminando. Esto es parte de algo más amplio pero creo que si lo toman como metafórico, simbólico, lo pueden aplicar a todo lo que estoy diciendo y quizás comprenderlo mejor. Es algo genérico, algo complejo, y estoy seguro que ustedes no son culpables, sino que es la sociedad que hace que actúen de esa manera: ¿por qué cuando venían sus novias, o cuando traían alguna chica tenían que hacer tanto ruido? Sinceramente, es muy estúpido. ¿Cuál era el juego?, ¿decirles que griten para que los otros pensemos que eran los más capos, los mejores cogedores? Roque: ¿por qué mierda en un año y medio no arreglaste nunca la pata de tu cama? ¡Todas las noches el ruidito de la madera esa!... y encima no paga alquiler. ¿Cómo querés que me sienta?

No me quiero desviar, no se los quiero decir para que traten de hacer menos ruido, ni quiero lastimarlos. Quiero que lo entiendan: no los va a hacer más y mejores hombres el hecho de hacer gritar más a una mujer. No quieran ganar músculos, verse mejor, moverse más rápido para hacerla disfrutar más. Si tenés novia hace dos años, no hay posibilidad de que grite de esa forma cada noche, todas las noches. Te está mintiendo. Te digo en serio, yo sé reconocer cuándo una mina acaba y cuándo finge. Hace meses que lo hace para hacerte sentir bien, y eso es machista, ella no está disfrutando, así que hablo o te va a dejar por otro. Esto se lo digo a Roque pero va para todos. Yo veo que todos se hacen los machitos, haciendo chistes de minas, de putos, sí, es divertido, a veces yo también me prendo, pero hay que tener los pies sobre la tierra también, y saber cuidar a la mina que tenés al lado, como dijo Juampi, son como las chapas, si no las clavás bien se vuelan. Clavarlas y cuidarlas, ese es el verdadero macho.

Y con esto termino, amigos. Ayer a la noche me fui a bañar y vi el champú vacío. Les confieso, por un lado, sentí un poco de miedo, sabía que la hora de mudarme había llegado y por otro, sentí mucho alivio. Alivio porque la situación no daba para más, y no siento que todos sean malas personas, creo (y esto con sinceridad) que no son tan malos interiormente, en serio, creo que solo les falta madurar un poco. Miren, si no lo creyera, no les hubiera escrito todo esto. Esto lo hago por ustedes. Y les voy a confesar algo que no pensaba contarles, algo que al mismo tiempo que me avergüenza me enorgullece, porque estoy seguro que va a ser una gran enseñanza y que no la van a olvidar. El día que vi que el champú había bajado enormemente, dos centímetros más o menos, habiéndolo usado yo solo una vez, me enojé muchísimo. Tal es así, que para tranquilizarme me pajié y acabé adentro del champú. Al día siguiente fui y me compré otro. Porque tenía la plata para hacerlo, porque me rompo el culo trabajando para tener la plata, y porque el champú es mío, porque yo lo compré para mi pelo y porque les avisé que no era para compartir. Cada vez que me iba a bañar veía cómo el champú viejo bajaba mientras yo me llevaba escondido el nuevo, y, casi como un juego, fui llenándolo de guasca en cada baño. Pero ustedes lo usaban más, y así se fue consumiendo hasta que anoche, uno de ustedes lo terminó. Seguramente ahora van a estar enojados, y es entendible. Pero si lo piensan bien, es más entendible mi situación y estoy seguro que un día me lo van a agradecer. No creo que lo puedan entender ahora, pero piénsenlo. Espero que este tiempo que hayamos compartido sirva finalmente para algo y que estas palabras le sirvan para recapacitar un poco.

Me fui sin despedirme pero eso no quiere decir que no los quiera ver más en mi vida. Quizás no ahora, pero en algún momento, luego de que hayan reflexionado estas cosas que les digo, que repito, no son tanto de convivencia sino humanas, puedo volver a hablar con ustedes. Podemos tomar una cerveza, podemos ir a jugar al fútbol, yo no tengo ningún problema y no voy a guardar rencores. Pero por lo pronto, mejor sería que mantuviéramos cierta distancia. Y bueno,

cuando consigán esas cosas para la casa les pido que las traigan lo antes posible, no tanto porque tenga demasiada necesidad de las mismas, sino para impartir un poco de justicia en esto que ya no tenía ni tiene demasiado gollete.

PD: Un tip que les va a venir bien. Una buena forma de hacer que una chica vuelva a su casa después de pasar una noche, es que cuando vaya a lavarse las manos no tenga que lavarse con los pendejos de ustedes. Afeiten el jabón después del bañado y les va a ir mucho mejor.

ÍNDICE

- 3 **PRÓLOGO: RESQUEBRAJAR UN MUNDO**
ANALÍA GIORDANINO
- 5 **CEREZAS NEGRAS**
CARINA RADILOV CHIROV
- 12 **BUEN NEGOCIO**
ENRIQUE BUTTI
- 15 **VISITA**
GERMÁN ULRICH
- 18 **APENAS SOBRE EL PISO**
MERCEDES BISORDI
- 22 **CHAMPÚ**
ARIEL AGUIRRE

COLECCIÓN **EXTRAÑAMIENTO**

dirigida por Federico Coutaz

La ficción entre noticias



VERA editorial cartonera

Centro de Investigaciones Teórico–Literarias
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias
Sociales IHUCSO Litoral (UNL/Conicet).
Programa de Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Corrección editorial: Laura Kiener

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

Tentempie / Ariel Aguirre ... [et al.] ; Prólogo
de Analía Giordanino. - 1a ed. - Santa Fe :
Universidad
Nacional del Litoral, 2023.

Libro digital, PDF/A - (Vera cartonera /
Gerbaudo, Analía; Extrañamiento)
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-357-6

1. Literatura Argentina. 2. Literatura
Contemporánea. 3. Narrativa Argentina.
I. Aguirre, Ariel II. Giordanino, Analía, prolog.
CDD A863

© Ariel Aguirre, Mercedes Bisordi, Enrique Butti,
Carina Radilov Chirov, Germán Ulrich, 2023.

© del prólogo: Analía Giordanino, 2023.

© de la editorial: Vera cartonera, 2023.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional